



SALTA. EDIFICIOS DE LA ÉPOCA COLONIAL

provincia aislada del resto de la República y sostenía más relaciones con los puertos chilenos del Pacífico que con Buenos Aires. Copiapó, al otro lado de la Cordillera, satisfacía las necesidades de su comercio, comprándola asnos y mulas, así como tejidos de lana, algodón, hilo, vicuña y guanaco. Los pasos andinos estaban cruzados incesantemente por viajeros y recaudadores. El peón salteño, cuando no encontraba trabajo en su tierra, pasaba los Andes, yendo a ofrecer sus brazos a las minas de cobre de Chile. El incesante cambio comercial hacía que la moneda y los billetes de Bancos chilenos circularan en Salta y otras provincias andinas más aún que la moneda del país.

La República Argentina sólo desde hace algunos años ha unificado en su territorio la circulación de la moneda. La falta de comunicaciones, la enorme extensión del suelo nacional, y el comercio que sus provincias extremas sostenían con los Estados limítrofes, fueron causa de una anarquía monetaria. En las provincias del Norte circulaban onzas y cóndores de oro acuñados en Chile, así como bolivianos y *cuatros*, de Bolivia. En Corrientes y Entre Ríos tenían curso ordinario los *pedros* y los *reis* del Brasil y las monedas de Montevideo. El peso boliviano era la unidad monetaria hasta en las provincias del centro.

El ferrocarril y el telégrafo pusieron en relación a los más lejanos territorios con el litoral platense, y desde entonces, la moneda nacional, partiendo de Buenos Aires, ha desalojado a las monedas extranjeras.

Hay que imaginarse lo que representaba hace treinta años un viaje desde Buenos Aires a Salta, Jujuy, La Rioja ó Catamarca. Con más facilidad llegaba a hacerse una excursión al viejo mundo. Un viajero podía trasladarse a Europa, vivir en ella algunas semanas y regresar a Buenos Aires en el mismo espacio de tiempo que empleaba una familia argentina para ir de la capital federal a cualquiera de las provincias mencionadas.

Los viajes por el interior eran largos y monótonos. Las familias se instalaban en una ó varias carretas de toldo semicircular, viviendo en ellas semanas y semanas, meses y meses. Ocho ó diez yuntas de bueyes tiraban de la casa ambulante, escoltada por los hombres, que iban á caballo. De vez en cuando el vehículo se hundía en lodazales y arroyos y había que hacer grandes esfuerzos para sacarlo del atascamiento. La parte más sólida del rústico vehículo era de madera de quebracho, que rechinaba como si fuese hierro. Al final de cada jornada, ó en las horas de gran calor, acampaban los viajeros á la sombra de la carreta, encendían fuego para hacer hervir el mate y cantaban al son de la guitarra *tristes*, *décimas* y *endechas*, ó bailaban el *trunfo*, la *zamacueca* chilena, la *refalosa*, la *media caña* y el *gato*, con *relaciones* improvisadas.

Se comprende que después de una marcha tan larga quedasen las familias en el lugar de término sin ganas de emprender el regreso. Se comprende también que en muchas provincias del Norte las gentes tradicionalistas sientan todavía un horror á los viajes, heredado de sus padres, y no aprovechen el ferrocarril, hablando de Buenos Aires como de una capital remota, á la que no esperan ir nunca.

* * *

Quedan en la ciudad de Salta recuerdos venerables de la vida colonial, que aun se manifiestan todos los años en forma de procesiones y otras fiestas religiosas.

Salta posee un Cristo célebre, el llamado «Señor del Milagro», imagen de los primeros tiempos

de la conquista, que, como muchas de la misma época, tiene un origen maravilloso. Según la tradición, llegó flotando dentro de una caja á un puerto del Perú, respetada por las olas y las tempestades.

La fiesta del Señor del Milagro, que se celebra en Septiembre, atrae á la capital gentes de toda la provincia.



SALTA. IGLESIA DE SAN FRANCISCO



SALTA. UN CONVENTO

Hasta del árido territorio de los Andes se ven llegar mestizos é indios con el viejo poncho deshilachado, las melenas lacias y las altas botas resquebrajadas, con clavos en las suelas.

Por las pendientes de las montañas vecinas á Salta descenden, como rosarios de hormigas multicolores, las cabalgatas de campesinos. Hacen viajes de muchas leguas sólo por ver la procesión, que dura una tarde, y regresan luego á sus ranchos. Cada individuo de la familia ocupa un caballo. Al frente van los hombres sobre su montura con aletas de cuero y el lazo á un costado de la silla, lo mismo que los gauchos de los tiempos de Güemes. Detrás cabalgan los chicuelos, con ponchos rayados de rojo y negro, y las mestizas, gordas y lustrosas, que parecen máscaras, por sus faldas de colores chillenes, verdes, rosa ó escarlata.

La procesión pone en movimiento á toda la ciudad. Un batallón de artillería de montaña acuartelado en Salta forma ante la iglesia, con la música al frente. El aspecto de sus calles recuerda el de las poblaciones andaluzas ó de Levante en una fiesta tradicional. Balcones y ventanas están repletos de señoras, que ostentan sus trajes más lujosos. Abajo, en el arroyo, se aglomera la muchedumbre campesina. Son gentes de tez cobriza, voz cantante y dulzona y ademanes humildes: ellas, con largo manto negro, cual las mujeres de Chile; ellos, con poncho amarillento y amplio sombrero, duro y rígido como un casco. En las torres de las iglesias voltean las campanas, estremeciendo de religiosa emoción á la vieja Salta.

Diríase que no han transcurrido los siglos, que aun no se ha realizado la independencia, que allá, en la catedral, se está ordenando la procesión bajo la mirada autoritaria del señor alcalde corregidor, que gobierna á la ciudad en nombre del Señor Rey Don Carlos IV. Causa asombro la huella persistente que la dominación pe-



SALTA. LA CATEDRAL

ninsular dejó en el carácter y el aspecto de estas ciudades del Norte argentino.

La procesión no es triste y de terrorífica solemnidad, como algunas de la vieja España. La hermosura del cielo, el perfume de los jardines que vibra en el espacio y el carácter dulce de las gentes de esta tierra parecen comunicarse á la procesión, brillante desfile de mujeres hermosas y risueños colores.

Rompen la marcha algunos negros y mestizos, pidiendo limosna á las gentes de las ventanas, y tras estos figurones lúgubres avanzan las cofradías de señoritas de la ciudad, que estrenan en esta fiesta sus trajes primaverales. Las banderas y estandartes, de

suaves colores, son llevados por frailes que parecen escapados de un cuadro de Zurbarán. Luego avanzan en dos filas, semejantes á un jardín movable, las jóvenes salteñas, erguidas y cimbreantes, cual si fuesen á entrar en un salón. Visten de blanco, de rosa, de suave azul, de color de fresa; cubren sus peinados con sombreros enormes de altivas plumas; en una mano llevan una bujía rizada y sin encender, envuelta en un pañuelo de encaje, y con la otra se recogen y ciñen el vestido, marcando al andar secretas amenidades. Nada de tristes colores, de velos fúnebres y gestos compungidos. Esta primavera devota alza la cabeza para recibir los saludos de los balcones y acoge con ligera sonrisa las ojeadas de pasión de los galanes, agrupados en las esquinas.

Luego, entre invitados y autoridades, nubes de incienso, bayonetas de soldados y musicales rugidos del cobre, llega el Señor del Milagro, el Cristo prodigioso, clavado en la cruz y con huecas faldillas de terciopelo; imagen arcaica que parece resucitar con su triunfo la época remota de los virreyes del Perú.

El final de la procesión es lo más interesante. Muéstrase en ella la fe simple del indio, la devoción del



SALTA. UNA CALLE CON EDIFICIOS ANTIGUOS



SALTA. UNA CALLE

populacho cobrizo, que guarda en sus creencias algo de la pasada idolatría. Son *chinitas* de esbeltez juvenil y jugosa frescura, descalzas, con una vela en la diestra, y el manto negro sobre rizadas enaguas, y falda hueca de vivo color con amplios volantes: ancianas apergaminadas y nudosas, que lanzan suspiros contemplando el dorso del Señor del Milagro, mientras tiemblan las lágrimas en sus párpados; viejos gauchos de cabeza trágica, barbudos, melencidos, curtidos por el sol, con el poncho remendado y las botas rotas, fieros y corteses á la vez, como debieron ser los soldados de la conquista. Todos atienden á las pequeñas llamas que palpitan sobre sus puños cerrados, cuidando de que no se apaguen. Algunos hombres llevan hasta cuatro velas encendidas en cada una de sus manos.

Hay en toda la provincia la tradicional costumbre de implorar al Señor del Milagro en casos de enfermedad y en otros peligros, prometiéndole llevar una vela el día de su fiesta. Pero esta promesa puede cumplirse por delegación, y muchos solitarios de las serranías de Salta ó del territorio casi desierto de los Andes, que no pueden abandonar su rebaño ó han de ir de viaje con sus arrias, se dirigen á un camarada que piensa asistir á la procesión, encargándole que en su nombre compre un cirio y lo encienda.

De aquí que algunos lleven las dos manos por delante, como si fuesen dos candelabros, y entre dedo y dedo sostengan ocho velas encendidas. Infunde respeto el simple y sincero fervor de la masa popular que marcha detrás del Cristo. Los que no llevan cirios quieren hacer algo en honor de la sagrada imagen y meten un hombre bajo las andas, ayudando con fieros empujones á los que las conducen. La policía tiene muchas veces que defender con el látigo á los portadores de la imagen para que los creyentes, que acuden en tropel, no pongan en peligro su estabilidad.

Este rebaño de pobreza resignada y dolores solitarios, deja al pasar una estela hedionda de lana sudorosa. Viven en los valles de la Cordillera, aislados ó en pequeñas agrupaciones, lejos de toda vida civilizada, en estrecha sociedad con el llama y el guanaco, sufriendo las escaseces de un suelo estéril y rocoso que parece



SALTA. LA CATEDRAL

de bronce; y en esta existencia rudimentaria y penosa, el Señor del Milagro representa el consuelo, la esperanza, la única poesía de su existencia triste. La pobre mujer, que rechina los dientes y sufre en silencio el cruel arañazo de los desarreglos interiores, piensa en el Cristo de Salta y le promete un cirio en su procesión; el arriero andino, que se ve envuelto en las tormentas de nieve, que resiste la sed, la opresión pulmonar de las alturas de la Puna, y tiembla por la suerte de sus arrias y el pan de su familia, se aclama igualmente al poderoso Señor, que vive en

la capital desde hace siglos, que llegó con los primeros hombres blancos, y pendiente de una cruz, sin más vestido que unas faldillas, puede realizar los más estupendos milagros.

Él hace que las frescas mestizas, entristecidas por la esterilidad, acaben por ver jugar en la puerta del rancho pedazos de sus entrañas, con la tez cobriza y los ojos oblicuos y tirantes de sus padres: aclamándose á él, las recuas de mulas cargadas salvan en invierno los malos pasos de los Andes, y los emplastos de hierbas misteriosas surten efecto en la curación de las enfermedades.

Estas gentes sencillas no creen únicamente en el Señor del Milagro. Su imaginación coloca en torno del Dios todopoderoso, venido del otro lado del Océano, algunas divinidades secundarias que existían ya en el país antes de la llegada de los blancos, y junto con ellas ciertas figuras terroríficas creadas por la superstición popular. Temen y respetan mucho al Cristo de Salta; pero les inspira más pavor la «Viuda del farolito», una especie de bruja maléfica que se aparece de noche á los arrieros perdidos, con un farol en la mano; encuentro de terribles consecuencias, pues todo el que la ve muere en el mismo año.

Las divinidades indígenas siguen inspirando un respeto religioso á las gentes de la sierra. Muchos de los que adoran el poder del Señor del Milagro veneran á la *Pacha-Mama*, ó sea á la madre tierra, diosa benéfica que está en todas partes y á la que no es posible ocultar palabras ni pensamientos. Cada vez que beben, riegan el suelo con algunas gotas de líquido. Son para



SALTA. EL ANTIGUO CABILDO

que beba la *Pacha-Mama*. Cuando se entregan al placer de mascar *coca*, empiezan por abrir con el pie un agujero en el suelo y enterrar algunas hojas. La *Pacha-Mama* debe comer, para que no se irrite y se muestre vengativa con sus hijos.

Esta diosa no vive sola: tiene un compañero, un marido, *Tata-Coquena*, espíritu omnipotente, poseedor de todas las riquezas ocultas en las entrañas del globo. Ambos muéstranse bondadosos con el hombre, siempre que éste no les irrite. Muchos indígenas les han visto en días de tempestad atravesando las abruptas soledades de la cordillera. Los dos son arrieros, como todas las gentes de bien que viven en las vertientes de los Andes. La *Pacha-Mama* y el *Tata-Coquena* llevan tras ellos largas recuas de llamas gigantescos cargados de tesoros, que consisten principalmente en «petacas» ó maletas llenas de *coca*; pues para los indígenas no hay riqueza que iguale á la de estas hojas secas y refrescantes, tan preciosas como el oro, que suprimen el hambre y la sed.

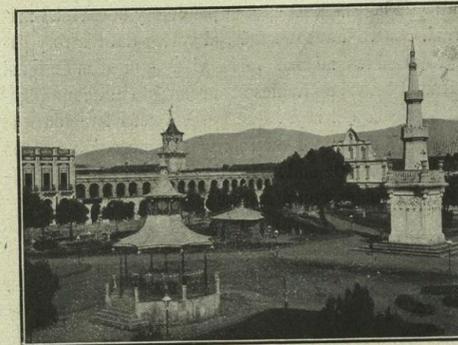
* * *

Otras fiestas religiosas de Salta atraen á los vecinos de los pueblos de la montaña.

En todos ellos existe un santo patrón, y los devotos lo bajan en andas á la ciudad para que figure en las procesiones. Casi todo el vecindario marcha en masa tras él, ansioso de que luzca en la fiesta.

Hacen el viaje con lentitud, deteniéndose á la sombra de un grupo de árboles ó de una cañada, para que el santo descanse. En la ciudad muestran los devotos un grave continente durante la procesión. Hombres, mujeres y chiquillos escoltan la amada imagen, deseando que ésta triunfe, por su hermosura y sus adornos, sobre las de los otros pueblos.

Cuando termina la fiesta, la banda emprende el regreso, pero éste es aun más lento que el viaje de



SALTA. LA PLAZA

ida y con menos orden. Los devotos y devotas han bebido mucho en Salta y ya no tienen por qué guardar miramientos al santo. La función de la imagen ha terminado por el momento, y no volverá á renovarse hasta el año siguiente, cuando la bajen de la montaña para que figure en otra fiesta.

La muchedumbre no siente gran prisa por volver al poblado, donde la esperan el trabajo y los apuros diarios. Quiere prolongar esta expedición, que es un remedo de la antigua vida de tribu errante. En las horas de calor acampan los revueltos devotos en lugares sombríos, dejan el santo á un lado, vuelto de espaldas, para que no se entere de sus diversiones, y hombres y mujeres empiezan el bailoteo, que toma pronto el carácter de una bacanal indígena. Suenan los instrumentos, vibran los cantos y márcanse los pasos cadenciosos de la voluptuosa *chilenita*.

La mestiza salteña es incansable para el baile. Recuerdo yo haber pasado, en las primeras horas de la noche, frente á las rejas de una casa de «alegría» de la ciudad, en la que al son de un arpa bailaban varias mujeres con jinetes del Chaco. El romántico instrumento de sonidos cristalinos, semejantes á los de una caja de música, acompañaba los saltos de los gauchos y el retintín de sus grandes espuelas. Danzaban en torno de las mestizas, y éstas, con el batón flotante, movían cadenciosamente las ancas, agitando en la diestra el pañolito indispensable para el baile de la *cueca*. Una mujer de visible prominencia abdominal balanceaba el pañuelo y erguía la cabeza con gravedad hierática. Renovábanse las danzarinas, sin que ella abandonase su puesto. Apenas punteaba el arpa los primeros preludios, ya estaba en el



VECINOS DE LA SIERRA LLEVANDO EL SANTO PATRÓN Á LA PROCESIÓN DE SALTA

centro de la sala moviendo el pañuelo y la cavidad maternal. Cuatro horas después, al volver del teatro y pasar frente a las mismas rejas, vi á la mestiza en igual postura, como si no hubiese transcurrido el tiempo, bailando al son del arpa, que parecía más fatigada que ella, pues sus sonidos eran un tanto roncós. Y así debió seguir, lustrosa de sudor, ventruda, moviéndose durante toda la noche, con una gravedad sacerdotal.

Los acompañantes de los santos bailan también en la soledad mientras hay luz. Zumban los instrumentos; circulan los jarros llenos de bebida alcohólica; danzan las parejas en rueda interminable; la imagen se aburre ó se escandaliza, vuelta de espaldas en la sombra, y la muchedumbre devota pasa un día feliz, entregada á la comida, á la bebida y á lo otro, en honor de la festividad.

JUJUY

Es la provincia de Jujuy la más septentrional de todas las de la República, hasta el punto de que algunos geógrafos argentinos la consideran por sus caracteres generales como una prolongación boliviana. Por su extensión territorial resulta la provincia más pequeña, después de Tucumán, y la menos habitada de todas. Su población no va más allá de 56.000 habitantes, sobre 50.000 kilómetros cuadrados de superficie.

El suelo de Jujuy es muy variado, predominando las montañas, como en el Oeste de la provincia de Salta. Puede decirse que el suelo de Jujuy resulta una pro-

longación de la meseta boliviana, que alcanza dentro de la provincia argentina una altura de 4.000 metros. Esta meseta es conocida con el nombre de *Puna de Jujuy*. La palabra «puna», de origen quichúa, significa altiplanicie desierta ó tierra fría. Igualmente se designa con ella la angustia respiratoria que se sufre en las grandes alturas por la rarefacción del aire, angustia que se manifiesta, las más de las veces, con una fatiga extrema, fuertes dolores de cabeza y dificultad en la respiración. Las gentes de las provincias andinas llaman también *sorocho* al mal de la puna.

Se halla Jujuy bajo el trópico, y su vegetación es más ó menos lozana, según las altitudes. En la llanura presenta una frondosidad tropical; en los valles occidentales, cerca de las corrientes de agua que descienden de las sierras, es muy próspera. En gran parte de la meseta ó Puna de Jujuy la tierra es de extrema aridez, presen-

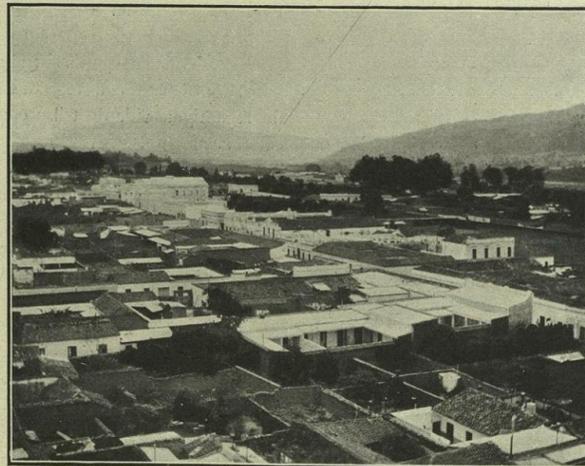
tando los paisajes un aspecto de desolación. Por sus violentos desniveles en altura y clima, es Jujuy la provincia que ofrece mayores variedades. Tiene llanuras dentro de la zona tropical que son paraísos y alturas en las que resulta imposible la vida.

Su parte oriental puede apreciarse como la más pintoresca de toda la República, y hasta supera en hermosura á Tucumán. Parece imposible que en la misma provincia que tales maravillas posee existan los desiertos de la Puna. En la zona del Jujuy tropical se hallan los grandes ingenios de azúcar de Ledesma, San Pedro y Santa Bárbara, donde se sufren

calores irresistibles. En el extremo opuesto de la provincia, Santa Catalina, La Rinconada, Cochino y otros pueblos de la sierra, viven bajo crudos inviernos. Los de la quebrada de Humahuaca soportan fríos iguales á los que se experimentan en la gobernación de los Andes.

En el corto espacio de treinta horas, sin salir de la provincia, he saltado yo de una temperatura casi glacial á otra ardorosa. En menos de dos días se pasa del grueso poncho, el vestido de lana y las ropas interiores de franela, al traje de hilo y el sombrero de paja.

Jujuy sólo tiene un río, el Grande ó San Francisco, pues sus afluentes son de escaso caudal y únicamente se aprovechan en la irrigación de algunos campos. Sus dos grandes lagunas, la de Casabindo, al Norte de la Puna de Jujuy, y la del Toro, al Sur, no son utilizables por la gran cantidad de cloruro de sodio que contienen sus aguas.



VISTA PARCIAL DE JUJUY

La verdadera riqueza de la provincia está en las regiones bajas de su parte oriental, donde reinan los calores del Trópico. Allí es donde se cultiva la caña de azúcar y existen los grandes bosques de lapachos y palmeras, con tupidas mareas de orquídeas y «flores del aire». Las lianas forman redes impenetrables, en las que únicamente el machete puede abrirse camino. Abundan en ellos los monos y los loros, saltando de rama en rama. En las espesuras vive el enorme tapir, y salta el puma, al que los primeros conquistadores bautizaron con el nombre de león. El condor de las cimas andinas llega en su vuelo á estas selvas tropicales, donde una fauna exuberante le ofrece presas en abundancia.

Casi toda la población rural de Jujuy procede de los indios quichúas, con muy poco de sangre española en su mestizamiento. El indio jujeño es fuerte y está templado por los grandes padecimientos que ha de sufrir desde su infancia en las mesetas desoladas de la Puna. Aguanta el frío y el hambre, los vendavales helados que barren la altiplanicie y la dolencia del *sorocho*, caminando infatigable días y días por el desierto. Los misioneros de la conquista evangelizaron á estos indígenas, sin que su mansedumbre intelectual opusiera obstáculos al nuevo dogma; pero todos ellos fusionan más ó menos con el cristianismo las antiguas divinidades del país. El indio jujeño, conocido en toda la República con el nombre de «coya», reza á los santos, á los que tienen gran veneración; asiste á las antiguas capillas que se conservan en ciertos valles de la Puna; toma parte en las procesiones de los pueblos, pero al mismo tiempo cree en la *Pacha-Mama* y otros dioses que representan las fuerzas de la naturaleza.

Ciertamente este hombre, condenado á existir en una tierra poco generosa y á soportar el rigor del clima de las grandes alturas, necesita tener mucha fe en los poderes sobrenaturales para mantenerse y reproducirse dentro de un medio tan adverso.

En los terrenos bajos, que ofrecen mejores condiciones, vive el campesino criollo, el gaucho jujeño, que

se conserva en toda su pureza, por no haber sufrido, como el del litoral, el contacto transformador de la inmigración. En su parte física, el gaucho jujeño se diferencia poco del indio de la Puna. Sus rasgos fisonómicos ofrecen la semejanza de un origen común. La única diferencia consiste en que el gaucho tiene en su mestizaje mayor cantidad de sangre española que el indio y es más inteligente para adaptarse á la civilización.

Este gaucho, que con el de la provincia de Salta peleó á las órdenes de Güemes, sirviendo de escudo defensivo al resto de la Argentina, y aguantando el choque de todas las invasiones realistas procedentes del alto Perú, es disciplinado y entusiasta en la guerra, y laborioso y modesto en épocas de paz. Nunca ha sido pendero, como el del litoral, ni ha pretendido vivir libre de trabajo. Lo accidentado de sus montañas y sus bosques hace de él un jinete insuperable, capaz de los actos más arriesgados, de galopar sin recibir un arañazo por tortuosidades selváticas, donde otros se estrellarían á los pocos segundos.

Jujuy no posee gran riqueza pecuaria en comparación con otras provincias. Su ganadería consiste en 130.000 cabezas vacunas y 80.000 mulares, y los dueños de ella encuentran su principal mercado en las poblaciones del Sur de Bolivia.

La agricultura es más importante. Los ingenios de Ledesma y San Pedro producen grandes cantidades de azúcar, y además de la caña empieza á cultivarse en sus campos el café, el tabaco y el algodón. La parte oriental de la provincia está llamada á un gran porvenir cuando nuevas vías férreas pon-

gan á Jujuy más cerca del litoral. La potencia productora de sus campos tropicales es indiscutible. Lo único que la hace falta para que su agricultura se desarrolle considerablemente es nuevas vías de comunicación que aseguren una pronta y económica salida á los productos. Hoy su comercio de exportación es reducido, pues Jujuy se halla á 1.556 kilómetros de ferrocarril del puerto de Buenos Aires.

Sus gobernantes, por falta de medios financieros,



VENUS TOBA DE UN INGENIO DE JUJUY



VISTA GENERAL DE JUJUY